

SOBRE LA TRANSMISIÓN DEL PSICOANÁLISIS

(On the transmission of psychoanalysis)

Santiago Esteban Peppino

Universidad Nacional de Río Cuarto

- Resumo:** mediante a exposição dos ensinamentos básicos de Lacan sobre a preeminência do inconsciente na estrutura do sujeito e o lugar do discurso da ciência e da histórica frente à análise, o autor discute a questão da transmissão do saber na teoria psicanalítica.
- Palavras-chave:** sujeito, inconsciente, discurso, ciência.
- Abstract:** through the exposition of some Lacan's basic teachings about the pre-eminence of the unconscious in the structure of the subject, and the place of the discourse of science as well as the discourse of the histeric in regard to the analysis , the author discuss the question of the transmission of knowledge in the psychoanalytical theory.
- Keywords:** subject, unconscious, discourse, science.

*En aquellos días, no se dirá más: Los padres
comieron uva verde y los hijos sufren la dentera.*
Jeremías 31.29

(Citado por Lacan en “El psicoanálisis y su enseñanza”)

El presente escrito pretende dar cuenta de algo que suscita ciertas controversias en el orden de las disciplinas de lo humano: la transmisión del psicoanálisis. Aquí intentaré exponer una propuesta de transmisión repasando algunos puntos que forman parte de la enseñanza del psicoanálisis en Lacan, que según mi criterio, son indispensables para tal empresa.

Sin embargo, si hay algo que dejar en claro en un principio, es que los ejes sobre los cuales debe construirse tal propuesta son aquellos mismos que dan consistencia al saber en cuestión. Sería un despropósito y una contradicción construir un proyecto de transmisión en donde desaparezca lo que nos convoca en primer lugar: el sujeto del inconsciente, tal como lo concibió Freud.

1. A lo largo de su enseñanza, sobre todo en los primeros años de sus seminarios, Lacan emprendió una labor no sólo teórica, sino también crítica hacia ciertas posiciones y segmentos institucionalizados del psicoanálisis. En esto principalmente consistió su empresa de retorno a Freud, en el sentido de volver a la fuente del psicoanálisis destacando lo que es verdaderamente fundante en él: el inconsciente (Lacan, 1957).

Luego de la muerte de Freud, e incluso ya antes de la misma, las corrientes psicoanalíticas imperantes comenzaron a delimitar el análisis en torno al Yo del paciente (sobre todo Anna Freud y la psicología impulsada en Norteamérica por Hartmann, Kris y Lowenstein, quienes lo llevaron al extremo). Esta instancia psíquica se erige entonces como ordenador de todo el dispositivo analítico y asume cierta posición privilegiada respecto de sus complementos tópicos Ello y Superyó. Se busca así reforzar el Yo del sujeto en el análisis, tomado este como medida o parámetro de realidad, haciendo que consecuentemente el Yo del analista sea medida de realidad también.

Lacan demuestra en su aparato teórico que atrapar al sujeto en el Yo y reducirlo al mismo es condenarlo a la enajenación y a la alienación. Si se va a hablar de un sujeto en psicoanálisis, este debe estar por fuera de toda objetivación, clasificación, normativización o jerarquización posible. Siempre debe ser un sujeto entre-dicho, es decir, no atrapado por un discurso imperante sino ubicado entre las líneas del mismo. De esta manera el sujeto se constituye como puro efecto del lenguaje, que lo deja siempre entre dos significantes y lo salva de la identificación imaginaria a uno de ellos.

La primera puntualización respecto de la enseñanza de Lacan consiste entonces en una diferencia entre el otro de la imagen (a) y el Otro del lenguaje (A). Es en la medida que el primero se sitúa en el orden del engaño que puede lograr que el sujeto deje su lugar de entredicho para identificarse en una imagen. Según Lacan, esta es la manera en la que la psicología del Yo organiza todo el dispositivo analítico, reforzando la instancia yoica que para el autor es lugar de alienación, en tanto conjunto organizado de imágenes y ficción imaginaria que responde directamente a la pregunta del sujeto sobre su deseo inconsciente (o mejor dicho, evita que este se haga la pregunta, innecesaria en tales condiciones). Esto hace que la verdad del deseo, siempre ubicada en el orden de lo real, permanezca velada por la cortina de lo imaginario. Y fundamentalmente en donde el sujeto debe hacerse la pregunta es en el Otro, representante de lo simbólico y lugar del lenguaje. Este Otro es una alteridad radical más allá de cualquier identificación, que denota al sujeto como efecto de un orden simbólico cultural, siempre llamado a quedar entre las líneas del discurso, por más que el Yo siempre busque identificarlo a un significante.

Ahora algunas aclaraciones. Mediante esta posición Lacan denunció un olvido de la letra freudiana, cuyo descubrimiento fue el de lo inconsciente¹ (justamente, eso que queda siempre entre líneas): “Y ahora planteemos de nuevo nuestras preguntas para maravillarnos de que nadie piense ya en constatarlas con esta simple palabra: el inconsciente, por la razón de que hace mucho tiempo que esa palabra no plantea ya ninguna cuestión para nadie” (Lacan, 1957). Dada la radicalidad de la postura del autor, se puede concluir que el Yo debe ser ubicado como una instancia menor, postulado presente en algunos discursos lacanianos en vigencia. Pero lo que Lacan busca rescatar es el carácter del descubrimiento freudiano, en tanto está centrado en el inconsciente, y no en una delimitación de las defensas del sujeto o de una supuesta adaptabilidad del Yo a la realidad. “Ello habla” implica que siempre habrá algo que trasciende al sujeto dentro del mismo sujeto; siempre habrá un Otro en donde toda adaptación a la realidad hará aguas: el inconsciente es el discurso del Otro y éste es una alteridad irreductible, “El inconsciente es ese discurso del Otro en que el sujeto recibe, bajo la forma invertida que conviene a la promesa, su propio mensaje olvidado” (Lacan, 1957).

Por eso se debe reubicar al Yo dentro de la teoría de Lacan como una función estructurante y no como un elemento jerarquizable. Este Yo de la imagen que Lacan delimitó como “*moi*” opera como matriz de lo simbólico y de las identificaciones, por lo que no es un elemento a ignorar en la cura, sino una de las vías del otro con minúscula, el objeto causa de deseo.

2. Algo que hace distintivo y radical el pensamiento de Lacan es su ubicación en el estructuralismo. La influencia de la lingüística de Saussure y la antropología de Levi-Strauss en su forma de replantear al psicoanálisis lo llevan a desarrollar su teoría del significante. El inconsciente está estructurado como un lenguaje porque es la marca significante la que funda al sujeto de este inconsciente, sujeto que se ubica entre dos significantes. Lacan leía en la enseñanza freudiana un inconsciente que se estructuraba según las leyes del lenguaje² y esto es lo que remarcaba como imperante en su legado.

El estructuralismo proveyó al pensamiento de Lacan de una lógica con la cual articular al sujeto más allá de cualquier fenomenología (pensamiento centrado en aquello que es dato para la conciencia). El psicoanálisis entonces se asienta sobre la estructura del lenguaje (y sus leyes), que mediante la primacía del significante, se organiza en un sistema diacrítico, de puras diferencias. El

significante por sí mismo no significa nada, sino solo en articulación con otros significantes. Las significaciones y el sentido son efectos de dicha articulación y no entidades en-si, con valor propio. Esto permite concebir a un sujeto como efecto del lenguaje, perdido en el espacio virtual que está entre dos significantes: inatrapable, indomable, no identificable.

En esta concepción de lo inconsciente surgen los tres registros en los que se organiza la clínica de Lacan: lo simbólico, imaginario y lo real; fundamentales si se le quiere dar algún sentido a la transmisión y enseñanza lacanianas. La marca del estructuralismo y la clínica de RSI le dan una orientación al pensamiento del psicoanálisis en donde ya hablar de jerarquías, de normal-patológico, sano-enfermo sólo se hace sostenible desde el registro dual de lo imaginario. *El sujeto es efecto de lo simbólico, de la introducción del significante a través del lenguaje y de la lógica de la terceridad. Sujeto al que su falta en lo real lo condena a la existencia del hombre en la cultura.*

3. Desde la introducción del inconsciente en tanto estructurado como un lenguaje, el *síntoma* dejó de tener un estatuto puramente diagnóstico para ubicarse más allá de cualquier psicopatología.³ La genialidad de Freud consistió en escuchar a través del “parloteo” de sus pacientes histéricas (el más simple “bla, bla, bla”), que más tarde se sistematizará en la asociación libre, que el síntoma tenía algo que decir. Algo allí latía entre las líneas del discurso, algo que insistía con firmeza ¿qué es ese algo? Lo que Freud más tarde denominará *pulsión*.

Este concepto marca un antes y un después en cualquier estudio de las ciencias del hombre, en tanto es ubicado por Freud en *el límite* de lo anímico y lo somático, insistiendo desde el interior del aparato psíquico, indomable tanto en su empresa ontológica primaria de extinguirse en su fuente de origen como en su empresa tardía de buscar el placer. La pulsión es aquello que resiste toda norma y ordenamiento, dejando al sujeto siempre al margen de cualquier síntesis posible.

En este marco Lacan ubica a la pulsión de Freud como aquello que está exento de cualquier domesticación posible, el origen de todo síntoma, en tanto ambos (pulsión y síntoma) remiten a una estructura significativa, “Los *Triebe* fueron descubiertos y explorados por Freud en el interior de una experiencia fundada en la confianza otorgada al juego de los significantes, a su juego de sustitución...” (Lacan, 1959-1960; pp. 113). Por fundarse en estos juegos impredecibles, cuyo terreno es el Otro (recordemos, alteridad radical), hablar de una síntesis pulsional bajo la nomenclatura de genitalidad es solo otra ilusión, otro artificio del Yo (moi), otro engaño del objeto causa de deseo, que devuelve en tanto espejo la imagen sintetizada de un sujeto por siempre escindido, tal como lo hace con el cuerpo fragmentado del niño.

Otra puntualización consiste entonces en ubicar al sujeto siempre más allá de toda síntesis en la medida en que la pulsión lo habita y al síntoma más allá de cualquier discurso, en tanto dice algo de un sujeto que está entre líneas.

4. El psicoanálisis se inserta en un contexto socio-cultural y no está exento de entrar en el juego dialéctico y significativo que esto implica. Momentáneamente y para ordenar el desarrollo, en el orden de la cultura voy a ubicar a lo simbólico y en el orden de lo social a las relaciones de poder.

Las tensiones entre la norma y el deseo de los sujetos, presentes en toda instancia cultural (hecho ya destacado por Freud en “El malestar en la cultura”) provocan el surgimiento de formas sociales y culturales que se definen en su negatividad, es decir, en relación dialéctica con un conjunto, con una estructura significativa. De allí que en cualquier colectivo se pueda originar toda una diversidad de discursos, con lo que esto implica, es decir, sostener una verdades y producir saberes, tal como fue puntualizado por Michel Foucault (1980). Si hay algo que Freud puntualizó en lo humano es la dimensión de conflicto en la que se inscriben todos sus movimientos (deseo vs. norma, para ilustrar un poco), razón por la cual cada uno de estos discursos, en la medida en que sostienen verdades y saberes que para fundamentarse necesitan excluir Otras verdades y saberes, ejercen una medida de poder social y crean juegos de fuerzas en

ese ámbito. Producto de esta dinámica son las instituciones, en tanto instancias que ejercen una determinada cuota de poder social (Foucault, 1980; Fernández, 1994).

Por supuesto que el psicoanálisis no se exime de caer en esta dinámica al sostener un discurso. La historia del mismo da cuenta de los grados y modos de institucionalización que ha sufrido la disciplina ya estando Freud a la cabeza de la misma. Se introduce allí normatividad, se sostiene un saber y se enuncia una verdad, motivo por el cual se excluyen Otras, originando conflictos y juegos de poder. Un ejemplo es el de la primera institución oficial de psicoanálisis, la International Psychoanalytical Association (IPA), cuya evolución da cuenta del sostenimiento de un discurso en lo que respecta al psicoanálisis: “La historia de la IPA se puede dividir en cuatro grandes períodos (por convención, los historiadores ubican el origen en 1910):

Entre 1910 y 1925, era sólo un organismo de coordinación de los diferentes grupos locales, los cuales disfrutaban de una gran autonomía en lo concerniente a la formación de los psicoanalistas. Entre 1925 y 1933 cambió radicalmente de aspecto, al establecerse la obligación del análisis didáctico y el control. En adelante se transformó en una organización centralizada, con reglas de formación y admisión que apuntaban a normalizar las curas y excluir de la formación a los analistas "salvajes" o transgresores, considerados demasiado psicóticos, demasiado "gurúes" o "brujos" para tener el derecho de ejercer. También se prohibieron todas las prácticas llamadas "incestuosas": “analizar a los miembros de la propia familia o de una misma familia, tener relaciones sexuales con los pacientes en cualquier forma. Observemos que en virtud de una decisión tomada en el seno del Comité Secreto en diciembre de 1921, se les vedó definitivamente a los homosexuales el acceso a la profesión de psicoanalistas. Esta regla nunca fue abolida.” (Roudinesco y Plon, 1998)

Tal como da cuenta esta breve reseña, este modelo de institucionalización terminó montando un aparato de control y vigilancia que le valió numerosos detractores. Uno de ellos fue Lacan, que se rebeló ante una normativización de la clínica y de la formación de los analistas establecida por la IPA que consideró salvaje. Este motivo le valió su “excomunicación”,⁴ principalmente por sostener un discurso del análisis fundado en disciplinas como la filosofía, la antropología y la lingüística, a diferencia de la formación propulsada por la IPA, que se orientaba hacia la psicología del Yo y la promoción del psicoanálisis como ciencia; así como también por realizar sesiones de tiempo variable (en contra de los 45 minutos establecidos por la institución oficial) y cuestionar una reglamentación que consideraba arbitraria de la técnica. Una vez expulsado de la IPA, Lacan funda la École Freudienne de Paris (EFP), institución en donde propone una transmisión del psicoanálisis basada en el modelo de la escuela griega (por esa razón se denomina “escuela” y no “asociación”) y en donde introduce otro sistema normativo, cuyas innovaciones principales respecto de la IPA eran: “1) anulación de la distinción entre análisis didáctico y análisis terapéutico; 2) anulación de la regla de las sesiones de duración fija; 3) aceptación en la escuela de miembros que no eran psicoanalistas” (Roudinesco y Plon, 1998). Esté fue el germen de todas las instituciones asociadas al psicoanálisis “lacaniano” que existen hoy en día.

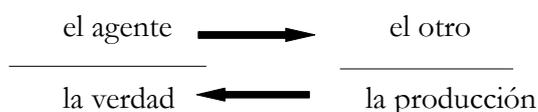
Como se puede observar, la ruptura de Lacan con una forma de institucionalización del psicoanálisis lo lleva a crear un nuevo modelo institucional, que no está ni estuvo exento de las vicisitudes sociales de la discursividad que mencioné anteriormente: el sostenimiento de una verdad y de un saber, así como también el ejercicio de determinada medida de poder.

Esta puntualización propone destacar el hecho de que el psicoanálisis, en ninguna de sus formas, está por fuera de las leyes del lenguaje en tanto inciden en una sociedad (a través del discurso) y en la cultura (a través del símbolo). La verdad que se sostiene en el discurso se ubica en una dialéctica de exclusión imaginaria de otras verdades, dejando de lado al sujeto en tanto este está entre líneas y no atrapado en un discurso.

5. ¿Pero de qué discurso hablamos en psicoanálisis? El discurso, entendido como palabra articulada, se organiza a través de lugares significantes que representan a los términos en cuestión. Lacan en su seminario de 1969-70, expone una teoría del discurso ordenada en una

organización formal de cuatro lugares y cuatro términos significantes que circulan por los mismos.

El esquema en el que se ordena el discurso es el siguiente:



Y estos lugares son ocupados por los siguientes términos:

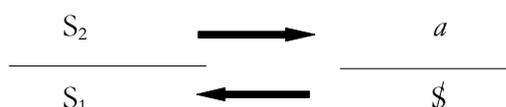
S_1 : el significante amo

S_2 : el saber

$\$$: el sujeto

a : el plus-de-goce, el objeto causa de deseo

En este esquema, todo discurso se dirige hacia un otro (no hacia el Otro del lenguaje, sino al de la imagen) desde cierto lugar y en él se mantiene latente una verdad que hace que el funcionamiento del mismo arroje un producto. Aquí me interesa exponer en primer lugar la estructura de discurso que Lacan denomina como universitario,⁵ que es la siguiente:

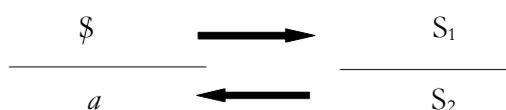


El lugar del agente del discurso está ocupado por el significante que articula el saber (S_2) y lo que está por debajo de éste, operando como una verdad (siempre latente y nunca dicha en su totalidad), es el significante Amo (S_1), que hace funcionar al saber desde un mandato: “Continúa a saber” (Lacan, 1969-1970). El lugar del otro es ocupado por el plus-de-goce, que en este caso es el estudiante, quien tiene que trabajar para saber cada vez más bajo el mandato del Amo. ¿Cuál es el producto? El sujeto, que deberá ser construido por el estudiante a fuerza de saber cada vez más.

Este es entonces el discurso de la universidad, en donde el estudiante es mandado siempre a saber. Lacan también va a decir que este es el mismo discurso que sostiene la ciencia, ya que de este modo es producido el sujeto cognoscente científico. Aquí podemos detenernos a considerar algunas cosas.

¿Es desde este discurso que el psicoanálisis puede articular su transmisión?, ¿la ciencia será aquello que nos acerque al sujeto del inconsciente finalmente, bajo su mandato de saber siempre más? Ciertamente esta es la vía a la que Freud intentó adaptarse durante toda su enseñanza, la de la ciencia, pero la naturaleza de su objeto (el de la pulsión, el del deseo) siempre lo mantuvo por fuera de la misma; a pesar de que, a nivel institucional y político, el psicoanálisis siempre se erigió como ciencia a los fines de defender su lugar y lograr aceptación en la comunidad científica.

¿Acaso fue el discurso de la ciencia el que le reveló el inconsciente a Freud, dando lugar al psicoanálisis? No fue ese discurso, sino éste, el de la histérica:



¡Cuánto le debe el psicoanálisis a las histéricas! En este esquema se muestra a un sujeto (el agente), que movido por el objeto causa de deseo (la verdad), se aliena en el significante Amo (el

otro) produciendo un saber, que es el síntoma que habla. Esto fue lo que le demostró a Freud que lo inconsciente habla a través del síntoma, movido por un deseo, a través del discurso de la histeria, que lo obliga a escuchar más allá.

Habiendo expuesto lo anterior se puede notar que hay algunos puntos que contemplar en lo que respecta a la enseñanza del psicoanálisis, principalmente sobre ciertos momentos de ruptura que marca claramente la enseñanza de Freud retomada por Lacan; enseñanza que va un poco más allá de una mera propuesta teórica psicoanalítica. No es la ciencia la que asegura el surgimiento del inconsciente, sino la clínica misma, lo real que siempre queda y quedará por fuera del discurso científico, por más que éste intente tapanlo mandando al estudiante a saber cada vez mas. Por esta razón el psicoanálisis no es una ciencia, ya que su objeto está más allá de cualquier aprehensión discursiva, eternamente perdido en lo real (el objeto “*a*”). Aquí la clínica es soberana, marcando los alcances y límites de aquello que el psicoanálisis puede articular respecto del sujeto. Teniendo en cuenta el funcionamiento expuesto en la articulación de los cuatro lugares, el discurso de la ciencia también es identificado por Lacan al del paranoico, en tanto rechaza la existencia de la falta en lo real, perfilando un “...ideal del saber absoluto...” (Lacan, 1969-1960). La falta ontológica, la falta-en-ser, el agujero de lo real, es rechazado (no reprimido, ni renegado) en esta articulación que intenta producir un sujeto que se termine fundiendo con la verdad misma, esa que solo puede ser entredicha. De aquí el parangón con la paranoia, cuya construcción rechaza (forcluye) la falta creando un sistema donde la verdad es siempre dicha con certeza absoluta. Por eso la clínica es lo que ordena, mientras siga derribando y reconstruyendo este tipo de saberes en cuestión.⁶

Esta empresa, que marca la estructura, los límites y alcances de la ciencia, es similar a la tarea crítica de Kant, que en un momento se pregunta si es posible constituir una metafísica de carácter científico. Por esta vía la *Crítica de la Razón Pura* expone la estructura formal mediante la cual se producen juicios en filosofía y ciencia, dando cuenta de que al final se trata de un problema de significación y de cómo está reglado el acceso a la verdad en el sujeto, es decir, los alcances y límites de la razón (Pérez, 2008).

Conclusión

Entonces ¿Cómo transmitir aquello contenido en el versículo de Jeremías que encabeza este trabajo?, es decir, ¿cómo decir que el significante pasa de generación en generación, de sujeto en sujeto, mejor que allí en donde la metáfora lo dice todo? Ese es el problema de la transmisión del psicoanálisis: que hay algo que siempre escapa al discurso y que solo puede ser dicho entre líneas. Por eso será que el poeta no es el que intenta decir la verdad, sino el que la dice todo el tiempo.

¿Será válida una posición en donde el maestro vuelque el conocimiento sobre el alumno, metódica y sistemáticamente, intentando establecer un legado?, ¿No caemos allí en el discurso de la universidad y la ciencia, en donde se produce al sujeto (de la ciencia, no del psicoanálisis) a fuerza de saber absoluto? Por eso la palabra apropiada sería quizá transmisión y no enseñanza. El que transmite no puede legar verdad y saber en una posición de poder, sino oscilar entre estos lugares, estar y luego correrse a Otros lugares; ya que no está exento, en tanto sujeto, de los juegos imaginarios del poder, tal como pertinentemente esclarece Foucault. Se pueden transmitir conocimientos sobre psicoanálisis, esperando que el saber surja de una articulación, cuando finalmente se encuentren con lo real de la clínica, con el sujeto. No hay que preocuparse tanto, creo, porque el sujeto está en todas partes. Sólo se puede esperar que haya suficiente predisposición para recibirlo, reconocerlo y no intentar siempre conocerlo (como intenta el discurso de la ciencia).

Por eso la histeria enseña. Le dice a Freud que ahí hay sujeto... y Freud escucha.

Notas

¹ A pesar de esto, la teoría de Freud después de 1930 hace un viraje en donde se le otorga creciente importancia al Yo como medida de realidad, elemento del que se sirvieron algunos analistas para reformular las bases del psicoanálisis, sobre todo Anna Freud.

² En varios de sus seminarios Lacan hace referencia a “estructuras freudianas”, como por ejemplo en su seminario de 1955-56, que fue titulado por este “Las estructuras freudianas de la psicosis”, a pesar de que el establecimiento del texto por parte de J. A. Miller lo titule simplemente “Las psicosis”.

³ Desde que las leyes del inconsciente fueron descubiertas por Freud a través del sueño, el acto fallido y el chiste, la psicopatología pasó a ser algo que forma parte de la vida cotidiana.

⁴ Lacan con este término hace referencia a la decisión de la IPA de des-afiliar a la SFP (Société Française de Psychanalyse), por encontrarse él entre sus filas y también por serle revocado su título de analista didacta. Algunos de los analistas miembros de esta institución recuperan el reconocimiento de la IPA una vez que ceden ante la condición de expulsar a Lacan de la SFP.

⁵ Lacan delimita cuatro discursos fundamentales: el del Amo, el de la histérica, el del analista y el de la universidad (Lacan, 1969-1970).

⁶ De todas maneras, creo que también se debe discutir en qué medida el psicoanálisis marca los límites de lo que se entiende como *clínica*, es decir, revisar si lo que Lacan denomina Real es lo que está fuera de todo lenguaje o sólo lo que queda fuera del lenguaje del psicoanálisis. Hasta donde es el psicoanálisis el que condiciona el surgimiento (o no) de lo Real, sancionando y delimitando el lugar de la clínica. Pero esto es tema para otro trabajo.

Referências Bibliográficas

- CHEMAMA, R. (1996) *Diccionario del psicoanálisis*. Buenos Aires: Amorrortu.
- FERNÁNDEZ, L. (1994) *Instituciones educativas: Dinámicas institucionales en situaciones críticas*. Buenos Aires: Paidós.
- FOUCAULT, M. (1980) *Microfísica del poder*. Madrid: La Piqueta.
- FREUD, S. (1918) *Sobre la enseñanza del psicoanálisis en la universidad*. Obras Completas, Tomo III. Madrid: Biblioteca Nueva.
- LACAN, J. (1957) *Escritos: El psicoanálisis y su enseñanza*.
- _____ (1959-1960) *Seminario VII: La ética del psicoanálisis*. Buenos Aires: Paidós.
- _____ (1969-1970) *Seminario XVII: El reverso del psicoanálisis*.
- _____ (1972-1973) *Seminario XX: Aún*.
- PÉREZ, D. O. (1998) *Kant e o problema da significação*. Curitiba: Champagnat Editora.
- ROUDINESCO, E. y PLON, M. (1998) *Diccionario de psicoanálisis*. Buenos Aires: Paidós.

Recebido em 04/07/2010

Aprovado em 20/07/2010